

ANATOMÍA DE EUROPA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana *

¡Europa! Esta noción primitiva e inmediatamente geográfica nos la han convertido por arte mágico en una categoría metafísica.

UNAMUNO

Mucho se ha pensado y escrito desde diferentes perspectivas sobre la joven Europa en proceso de formación; es obligado resaltar las aportaciones de miembros tan significados de esta Academia como el profesor Barea ¹, el *ex* comisario de comunicación, información y cultura Marcelino Oreja, impulsor del «espíritu de Coimbra» y organizador del *Carrefour Européen des sciences et de la culture* (1996) y Romano Prodi, Presidente de la Comisión Europea; estoy, ciertamente, en excelente compañía, pero mi conocimiento del tema dista demasiado del de ellos. Dificulta además mi esfuerzo el hecho de que todos los lexemas que voy a manejar forman parte de un *corpus* que viene semánticamente marcado por la categoría lógica de *fuzzy set*, espacios de significado abiertos que exigen un cierre de sentido aunque sea mínimo para que puedan actuar como referentes hermenéuticamente válidos. Concretamente, la conformación de Europa radica en la matriz ontológica configurada por un sistema de aporías como uno/muchos parte/todo, interior/exterior, unidad/diversidad, homogeneidad/diferencia y micro/macro entre otras, con toda una cohorte de semas en radiación semántica plural e imprecisa que es forzoso desambiguar si queremos aportar con ellos la necesaria y mínima pun-

* Sesión del día 20 de mayo de 2003.

¹ «El futuro de la identidad europea», en *Revista de Estudios Económicos*, 3 (2001), págs. 58-72.

tualización conceptual. Pero el problema, con ser grave, no termina aquí sino que empieza: precisamos de una matriz epistemológica si queremos entender a Europa y aquélla viene configurada por un repertorio de conceptos lógico-políticos como polaridad, dicotomía, identidad, semejanza, igualdad, comunidad, nación, estado, concienciación, integración, etc., que, a pesar de su extrema polivalencia y sobrada vaguedad y ambigüedad, operan como epistemes que rigen el discurso de intelectuales, políticos y burócratas en Bruselas, esto es, como estructuras de pensamiento que producen ideas y normas y como paradigmas que pretenden guiar la política social. No tengo ninguna receta mágica —no las hay— para diseñar una arquitectura cultural europea; mi pretensión es mucho más limitada y discreta: conjurar analíticamente las aporías señaladas, desvelar las tensiones inherentes y narcotizar, en algún mínimo grado, la ambigüedad estructural intrínseca. Se trata, en definitiva, de pensar imaginativamente Europa desde la cultura pero después de haber realizado una cirugía analítica previa.

Mi segundo punto de partida es también metodológico: cuando se pretende conceptuar a Europa como condensación o amalgama del pasado y del presente que vehicula algo, así como un espíritu europeo, se esencializa selectiva y retóricamente algo a lo que se le dota de intemporalidad transhistórica y es, por tanto, algo inexistente. El interés antropológico en investigar continuidades está, por el contrario, en analizar cambios, variaciones y desarrollos que se suceden, en discriminar alternativas, mutaciones y adaptaciones, en justipreciar modificaciones mil y reinventiones que marcan la tradición, en algunos puntos reconocible, pero teniendo siempre presente que nunca en lo humano podemos constatar un repertorio fijo de formas culturales específicas. Tercero, la narrativa cultural que propongo al final como elemento de la formación de Europa no unifica en última instancia, ni es resultado sintético de un conjunto de culturas; la ciudadanía europea futura será, creo, hija de la ley y de la política, de unos valores políticos globales y trascendentes, de una metacultura.

I

En mi última actuación en esta sala realcé la formación plurisecular de Europa en su carácter homogéneo; el cristianismo aristotelizado, el latín como lengua franca, el derecho romano cristianizado, la moneda, la escolástica, el monacato, la proliferación de diócesis, catedrales, órdenes militares y castillos, la generalización de Universidades, de temas folklóricos y creencias, el humanismo renacentista y la monarquía, etc. Apuntan a un bloque de hechos e iconos comunes caracterizadores de la hagiografía europea. Pero hay que tener en cuenta que

el mayor contingente de esos elementos va con la elite innovadora religiosa, intelectual, legal, artística y guerrera y que el demos, mucho más numeroso, reproduce la tradición, el costumbrismo y la creencia en el interior de una atmósfera menos racional y más afectiva, lo que conlleva, a grandes rasgos, una Europa radicalmente diferencial que avanza al menos a doble velocidad. En cuanto geografía cultural el genio creador europeo en literatura y arte nos ha legado un patrimonio duradero, en todo punto excepcional, y un pensamiento filosófico, a la vez retórico y científico, regido por valores espirituales, unos cívicos y otros trascendentes, como la racionalidad, la libertad, la solidaridad, la justicia y la igualdad que han sido entusiásticamente canonizados por intelectuales y también por los misioneros del siglo xvi que vocearon en todos los continentes conocidos la hermandad panhumana y la libertad de conciencia de todos los hombres por ser hijos de Dios. Hasta China llegaron las beatas con este mensaje. Además, en cuanto construcción de espacios jurídicos, estructuras económicas y formas políticas Europa ha estado siempre presente aunque invisible tratando de regular un dinámico equilibrio entre los estados cada vez que se producían explosiones de violencia interna, agresividad y belicosidad que han provocado a su vez la experiencia común y periódica de errores, sufrimiento, penalidades y tragedias que los pueblos europeos se han inflingido unos a otros al menos desde el *homo neanderthalensis*. Es la otra cara de Europa.

Y ésta es la que predomina en la visión que de Europa tiene el Otro, el ajeno y externo, el sometido y sacrificado; es la Europa del colonialismo, destructora de culturas en las dos Américas, aniquiladora de etnias en África y esclavizadora de unos dos millones de nativos subsaharianos; es a la vez la Europa de la rivalidad política interna que tiene en su haber dos guerras mundiales y que ha producido recientemente a Hitler, Stalin y Milosevic; es la Europa de los cerca de cien millones de víctimas en el siglo que acaba de terminar. En su interior se han incubado narrativas antidemocráticas, totalitarias e intolerantes, el racismo, la limpieza étnica, la matanza de más de cincuenta mil brujas, la Inquisición, el Gulag y el pretendido exterminio de gitanos y judíos; es la Europa del rechazo, es la Europa de las víctimas. Esta es la figura negativa, el rostro del Mal, las sombras que ennegrecen sus incuestionables logros, pero es también Europa, la Europa con la que nos fustigan también Schlegel, Schopenhauer y Nietzsche, contrapuesta a la que formula Vives, el doctor Laguna, Valdés y Gracián y que tampoco rima con la invocación europea de Cassirer, Husserl y Heidegger, discordante a su vez, con las ideadas por E. Morin, P. Valery y J. Derrida. Y si desde la esfera mental descendemos al estereotipo político actual percibimos con sorpresa, que operan, entre otros, dos modos de instalación interna en el todo europeo: Inglaterra, Suecia y Noruega se incorporan al Otro europeo, mientras que Alemania, España, Italia, Portugal, Fran-

cia y Grecia reafirman un nosotros conjuntivo del que se sienten parte integrante frente a la tibieza de Dinamarca y Holanda, modos cualitativos distintos de adscripción que confieren identidades europeas diferenciados en grado y contenido.

La letanía de Europa tiene que incluir además, sus dimensiones tradicionales y regresivas, sus aportaciones civilizadoras y científicas y su plural talante romántico, realista otras veces y modernista. Sería mutilar gravemente el concepto si se omitiera el brío destribalizador y desterritorializador interno actual y la riqueza primero relativizadora y después racionalizadora de una Europa que en momentos luminosos ha abanderado el pluralismo, la apertura de fronteras y acaudillado la negociación y el compromiso frente a la confrontación. Europa, luces y sombras, ente de razón, realidad y mito que al ser metaforizada por todo un conjunto de signos, iconos y símbolos configura un vasto panorama de identidades selectivamente esencializadas por intelectuales y políticos, pero que es en realidad una noción fluctuante, con múltiples estratos de elasticidad semántica, imprecisa y cambiante que en su acrítica manipulación permite el fraudulento paso de unos registros lógicos a otros. Europa no tiene una identidad algorítmica, es un exceso de significado.

Por otra parte, nada más representativo y esclarecedor del lexema Europa que su extraordinaria riqueza y diversidad cultural; en su descripción se acumula tradiciones, costumbres, creencias, leyendas etiológicas siempre reinterpretables, credos religiosos, valores políticos en modificación, ideologías y metadiscursos heterogéneos, multiformes y aun antitéticos; sus más de trescientos pueblos se crean diferentes. En este mosaico de culturas se hablan más de cien lenguas y dialectos, creaciones identitarias múltiples que provienen originalmente de otras tantas formas de pensamiento y modos de vida y, en cuanto tales, esto es, en cuanto núcleos primarios distintivos, presentan problemas nada fáciles de resolver en la construcción de Europa a los burócratas de Bruselas.

Concretamente y como ejemplo: la diversidad lingüística presenta un índice de complejidad organizativa gigantesco. Y un volumen económico graso. El 40 por 100 del presupuesto de la Unión se lo llevan los servicios lingüísticos; en 190 el 35 por 100 del propio del Parlamento estaba destinado al multilingüismo; es más, intérpretes, traductores y servicio técnico suponen la mitad del personal administrativo del Parlamento. Unas cien personas trabajan en la impresión de los documentos —más de treinta mil— que tienen que ser distribuidos previamente a las reuniones de las Comisiones y del Pleno en once lenguas y reproducidos en unos 1.500 ejemplares. En la Comisión trabajan 13.000 funcionarios de los que 1.700 son traductores, dos de éstos por cada 13 de aquéllos. Las once lenguas producen 131

combinaciones en las cabinas de traductores, pero si añadimos diez lenguas más centroeuropeas su número se eleva a 421; en la actualidad se hablan ya 43 lenguas por los pasillos de Bruselas ².

En realidad la holgura técnico-económica de un presupuesto para la interpretación mayor que el de las Naciones Unidas no origina en sí misma el problema mayor. En la emergente Europa éste viene de algo mucho más inquietante: en plataformas dialogantes y discursivas como la Comisión y el Parlamento en las que es imprescindible sopesar escrupulosamente y semantizar cada concepto, la excesiva pluralidad lingüística empobrece necesariamente la claridad de la pregunta-respuesta argumentativa y neutraliza un tanto el debate en profundidad; la riqueza idiomática obscurece, por tanto, el debate y resta espontaneidad. Estudiosos del problema —Abélès— han comprobado cómo los intercambios reales se producen cuando los actores que militan bajo distintos partidos argumentan en su propia lengua materna. No es fácil penetrar, sabemos por experiencia propia en Antropología, en el universo discursivo ajeno cuando se trata de recoger e interpretar términos del espíritu, creenciales, religiosos, proptofilosóficos y político-valorativos, precisamente los esenciales y nucleares en una cultura porque vienen cargados de ambigüedad y polivalencia. Ni siquiera es simple traducir convivencia, *at home*, *esprit*, *Kultur*, etc. y cuanto menos conceptos como nación, identidad, ciudadanía, derechos, Europa y similares que no sólo dependen en su significado de un marco lógico-semántico propio, sino de la historia nacional respectiva, de formulación cognitivo-intelectual y radiación semántica en el interior de sistemas político-lingüísticos en continua evolución y cambio de signo. Siempre hay un vacío o interregno entre lo que enuncia el parlamentario en el podio y lo que interpreta la prensa o el auditorio; con frecuencia las reacciones de éste sorprenden a aquél, lo que no es de extrañar. El pluralismo lingüístico es uno de los mayores y más difíciles obstáculos en la homogeneización de Europa. Este es el lado sobradamente paradójico de esta tensión estructural: a mayor riqueza específica cultural —un bien en sí mismo— mayor dificultad en la integración; la plétora de energía creativa entorpece el camino a una apertura cultural transcendente.

No es ésta, ni mucho menos, la única tirantez dialéctica en el espacio de la emergente Europa; tomemos, por ejemplo, dos modos culturales de ser y vivir:

² Todos estos datos y los siguientes los tomo de M. ABÉLÈS, «Homo communitarius», págs. 43-63, de *Quelle identité pour l'Europe?* De R. KASTORYANO (ed.), Presses de Sciences PO, París, 1998. I. KARISSON, «How to define the European Identity today & in the Future?», págs. 63-71, de T. JANSEN (ed.), *Reflections on European Identity*, de T. JENSEN (ed.), Working Paper, 1999, y M. ABÉLÈS, «Virtual Europe», págs. 31-52, en J. BELLIER y M. WILSON (eds.), *Anthropology of the European Union*, Berg, Oxford, 2000.

la región o nación por una parte y el estado por otra, dos figuras trópicas potentemente energizadas por estable ecología local y geografía y equívocamente constituidas por ideología supuestamente durable pero cambiante, por persistentes tradiciones pero con sus periódicas y radicales rupturas semánticas, por núcleos culturales resistentes pero con numerosos injertos híbridos que las desfiguran y por instituciones políticas arraigadas pero con formas variables de sociabilidad; en otras palabras, nación, estado e identidad son significantes oscilantes que en el interior de un esquema en contraste fácilmente se dejan atrapar por intelectuales selectivos y manipular por políticos. El primero de los modos es el descrito en detalle por Fichte y Herder, el repositorio de tradición y vivencias inmediatas, de solidaridades comunitarias a pequeño o medio nivel, el espacio en el que el conjunto de intereses, relaciones, sentimientos y emociones, rituales, historia imaginada y polémica, símbolos y creencias movilizan ciudadanía y estimulan identidad; espacio cultural sincrético y motor de concienciación estable ha creado un marco político en competencia con el estado. La radicalidad de la cultura se impone en Bruselas, pero nótese, no su contenido concreto siempre dinámico, ni sus formas específicas momentáneas, siempre cambiantes. Se mantiene el principio en operación, no las formulaciones variables. El Tratado de Maastricht —1993— respeta las identidades culturales de los Estados miembros como fuentes de estabilidad y la Comisión y el Comité creado *ad hoc* refuerzan las regiones como espacio privilegiado para la actividad europeísta canalizada a través de la subsidiariedad, pero de esta manera el Estado queda mordido a la vez por la región y por la emergente Europa y ésta, a su vez también, por la globalización. Trasvases, repliegues y expansiones que estructuran y desestructuran la idea de Europa no sólo de manera incoherente sino contradictoria.

Concretamente, los eurócratas en su esfuerzo discursivo por fortalecer las relaciones con las entidades existentes y teniendo en cuenta que las regiones consolidadas han mostrado lógica y eficacia en su quehacer histórico, han ideado un sistema subsidiario confiriéndoles competencias socio-políticas con la doble pretensión de respetar las culturas pero manteniéndolas en conexión con la Comunidad. Ésta consagra el rol de las regiones y a sus representantes como interlocutores naturales válidos, pero subsidiariedad e integración conforman espacios lógico-semánticos no sólo diferentes sino opuestos. El primero robustece el modo de experiencia regional intensificando la valoración del *ethos* cultural y re-evaluando la tradición y, por tanto, las relaciones primarias de existencia; en otras palabras, con la pretensión de fomentar la integración en un espacio más amplio la Comunidad reactiva el motor interno y potencia el *locus* primario de producción cultural espiritual, emotiva y pasional. El segundo implica superación de niveles, subsunción en otro mayor; aquél mira al pasado, éste al futuro; el primero antagoniza y

limita, éste abre fronteras, aquél es exclusivo, éste inclusivo, registros categoriales polares que promueven intereses, actitudes e ideologías contrapuestas e identidades enfrentadas.

Provoca también la consolidación del multiculturalismo que en sí mismo no es precisamente un principio unitario e integrador fuera de sus limitadas fronteras. La Comunidad, progresista en criterio englobante, promociona una entidad cerrada y regresiva en principio que poco puede cooperar para construir Europa. Y no se trata de un simple juego de dicotomías en tensión: el nacionalismo, aunque no siempre, ha sido amenazador y lo sigue siendo en realidad y en potencia, ha ocasionado frecuentes tragedias y lleva consigo un airecillo de riesgo porque la autoafirmación y cohesión internas medran en oposición a, o frente al, Otro. El nacionalismo politizado, activo y pasional tiene hebras de primordialismo e irracionalidad, su discurso es mítico-ideológico, toma siempre la *pars pro toto* y va mucho más allá de la cultura, ingredientes todos que pueden acechar, aunque estén temporalmente narcotizados, en formas menos extremas. En todo caso la Comunidad no ha resuelto el particularismo territorial ni el culturalismo tribal aunque éste no siempre coincide con aquél; cuando pretende crear una Europa fuerte y unida —y parece estar consiguiéndolo con el euro— está impulsando y consolidando una diversidad interna que fracciona, debilita y esteriliza; el euro y la cultura no caminan al unísono. La cultura enriquece y empobrece.

Las tensiones aporéticas no terminan aquí; tomemos otro orden distinto de experiencia, el estatal, que viene además combatido internamente por el individualismo en aumento, por la nación que le ha despojado de anteriores prerrogativas y por la Comunidad que le está arrebatando otras, concretamente por la Corte Europea de Justicia, por el Parlamento y la Comisión y por el *ethos* constitucional imperante. El Estado transciende el particularismo local pero con frecuencia lo ha conseguido a través de la violencia política y ha reproducido en su sistema rasgos negativos propios del subsistema menor anterior; ha superado al pasado con sus innovaciones en instituciones estáticas (raza, clase, religión y género) pero tiene también en su sombrero haber devastadoras guerras, ideologías y totalitarismos que le hacen poco apto como paradigma para la configuración política de Europa. El pulso que cada estado mantiene con la Comunidad en los momentos cumbres de su constitución es un buen indicio de las paradojas entre principios abstractos por todos acatados y realidad concreta que dimana de la propia dinámica interna sectorial que no deja de inaugurar sólidas lealtades políticamente circunscritas. Los referéndum, demoras, prórrogas y aplazamientos confirman su vitalidad y resistencia a desaparecer englobado en la Unión, instancia ésta a ser subsumida a su vez ideológicamente por un marco valorativo global como la Convención de derechos

humanos. El Estado, estructura abierta en relación a la región pero parcialmente cerrada frente a la Comunidad, dramatiza la contradicción de sus propios principios, superadores del particularismo cultural territorial por un lado y protectores de la especificidad interna por otro; se mueve en constante torsión, flujo y cambio, en divorcio y alianza con las dos agencias que lo encuadran.

El mapa de tensiones dialécticas incluye también a la actividad absorbente de la Comunidad porque tampoco las fronteras estatales son fáciles de penetrar. La construcción política de Europa exige suspensión de fronteras y funciones de rango menor, exclusión de ciertas instituciones privativas, ruptura o al menos reorientación de estructuras que frenan la integración en el nuevo marco. La Constitución europea en elaboración normativa, política e integracionista apunta a una maquinaria europea de gobierno, a un europentágono de defensa europea, a un servicio diplomático también europeo y a una eurojusticia que no reconoce fronteras internas. Pero, otra vez, este eurocentrismo que empujea la actividad estatal no es el final de la meta; se enfrenta por su parte a marcos de pensamiento y acción que vindican espacios de cooperación mayores. Y no apunta sólo a la creciente globalización económica y de comunicaciones con sus correspondientes y conocidas organizaciones mundiales sino a, por ejemplo, las 40.000 organizaciones internacionales no gubernamentales y no lucrativas que distribuyen hoy más dinero que las Naciones Unidas. Desde esta perspectiva la superestructura Europa como el referente regional, el marco estatal como todos los noemas mencionados son *fuzzy concepts*, mantras flotantes en confrontación antitética; esta estructura lógica implica una necesaria y constitutiva relación entre opuestos a su vez complementarios, a los que robustece, niega y trasciende simultáneamente. Es precisamente en los momentos en los que se realiza un esfuerzo por resolver rígidas antinomias en los que se activa la imaginación cultural aportando tanteos que fusionan en humana simbiosis economía y política, misticismo regional, pasión y lógica.

II

He indicado ya al principio que al pensar Europa nos vemos sumergidos en el núcleo duro de un rimero de aporías y paradojas; el concepto de identidad europea que surge con fuerza en la reunión de Copenhague de 1973 añade una más al conjunto selectivo porque identidad general una cadena semiótica de interpretantes a distintos niveles y funciones: la identidad personal no es la primaria local, ni ésta la regional o la estatal y menos la europea; hay tantas identidades como categorías lógicas imaginemos. Pero hay algo más radical: en cuanto consti-

tuida inicialmente por raíces, tradiciones, memoria, representaciones, iconos, imágenes, valores, emoción y pasión requiere participación y ésta depende de personas, ideas y grados; sus modos de ser y operar son loco-tempo sensibles, heteromórficos y heteronómicos. El auge de lo local, el regreso al pasado, el pluralismo cultural imperante, el culto al individuo y su emancipación que erosionan las identidades colectivas, la indoctrinación política partidista, las instituciones supranacionales e ideología global actúan como vectores dinámicos pero en, y conformando simultáneamente un campo de fuerzas contradictorias. Contextos, circunstancias y referencias degradan su espacio semántico regido por múltiples y opuestos códigos; hay que precisar en cada momento qué identidad dramatizamos porque este concepto tradicional lleva implícito el virus de la división. Y como sin valores, emoción y pasión no se puede construir realmente la identidad cultural europea, el concepto tiene que ser desambiguado para que cumpla la función sugerida y deseada en Copenhague hace treinta años. Partiendo del hecho básico de que la identidad no constituye un todo monolítico ni homogéneo es tarea política dinamizar el concepto dialogizando sus múltiples estratos y significados, incluidos los negativos, flexibilizando y ampliando sus contenidos y negociar la posibilidad de simultanear niveles y grados. Identidad es un concepto a seducir.

Algo similar sucede con el semema cultura; su espesor semántico es tan excesivo y ambiguo que requiere precisar los semas pertinentes y en operación y narcotizar, en cada caso, la letanía de inactivos. Se pueden encontrar en internet más de cinco millones de páginas relacionadas con la palabra y más de dieciséis mil si se restringe su uso en Antropología y Etnografía. Los títulos de libros en los que aparece superan los veinte mil³. Esta categoría sumamente compleja ha subsumido en su excesivo arco de referencia desde su perfil originario antirracial hasta el *Volksgeist* de la limpieza étnica. El concepto, radicado en el comportamiento social y justificado en las ideas y sentimientos de los miembros de un grupo, viene regido por epistemes distintas que van desde el modo de cultura material, pasando por la socialidad, hasta las producciones mítico-metafísicas del *esprit* creador humano. De este amplio espacio semántico quiero resaltar por su pertinencia primero, la categoría adaptación-enculturación que describe a la cultura no como algoritmo, sino como concepto dinámico siempre emergente y cambiante aunque a ritmo variable, en proceso de institucionalización, o sea, la cultura en su necesaria vertiente circunstancial, reformuladora y negociadora o, en otras palabras, el modelo de conducta que ha permitido al Hombre sobrevivir en cualquier nicho ecológico desde su aparición. Otra formulación categorial a retener es la cultura en

³ M.-R. TROUILLOT, «Adieu, Culture: A New Duty Arises», en G. FOX y B. J. KING (eds.), *Anthropology Beyond Culture*, Berg, 2002, pág. 38.

cuanto universo de ideas, significados, discursos y símbolos y como canon de valores y creencias que configuran la *Weltanschauung* de un grupo pero que, ineludiblemente, hibridiza en contacto con otros.

El primer esquema cognitivo evidencia que ni el concepto ni la práctica son estáticos, que nunca lo han sido ni lo han podido ser; sugiere, al contrario, que podemos visualizar la cultura como un ininterrumpido proyecto con miras al futuro, como un *τέλος* que adopta contenidos, formas y valores no sólo por dinamicidad endógena, sino por contacto externo. Esta reestructuración pluridimensional reclama y precisa reflexión por parte de los intelectuales y de los portadores de la misma, visión de finalidad, razón modernizadora y, en la construcción de Europa, política racional. La interconexión y transferencias de significado que se operan en la aculturación nos lleva al segundo tipo cognitivo en el que predominan las narrativas emotivo-valorativas internas, pero que pueden ampliarse y orientarse a valores morales generalizables, algo que en germen han institucionalizado todas las culturas en el trato reglado con el extraño. ¿Qué intento sugerir al realzar estas dos epistemes y narcotizar otras del concepto cultura? Proponer un *corpus* dinámico estimulante que, evitando que la concreción particular de cultura pueda generar estrechos nacionalismos, permita dar instrucciones para ver el problema de la construcción de Europa con visión de conjunto, señalando el vector apropiado, el movimiento y la dinámica interna pertinentes y relativos a la situación actual. Una redefinición el concepto de *cultura política* puede, quizá, arrojar algo de luz y dirección si penetra con brío en la agenda política de Bruselas.

Para comenzar hay que tener en cuenta que tanto el concepto de identidad como el de cultura, sus criterios, formas y contenidos hay que re-crearlos y energitizarlos políticamente y que los paradigmas que han sido válidos y eficaces hasta el presente no necesariamente lo serán en el futuro debido a su constitución inherentemente contingente e intrínsecamente mudable. La identidad está llamada a revestirse de carácter eminentemente político, con base y énfasis políticos, a ser definida por valores políticos compartidos, pero por política europea situacional y cambiante, relegando intereses y culturas locales a un segundo plano. Los contenidos y substancia, dirección y *τέλος* de los procesos políticos europeos tienen que desherderizar el perfil esencialista de la *Kulturvolk*, de la *Kulturnation* y de la *Staatskultur* de forma que cultura comporte una actitud de conformidad institucional *general* con el proyecto político-discursivo europeo en sus líneas fundantes; en otras palabras, se trata de reactivar el concepto «cultura» desde y en energía adaptadora, pero a la política básica de la Comunidad. ¿Cómo?

Obviamente la respuesta pertenece formalmente a los políticos que, en realidad, iniciaron ya el proceso con el establecimiento de la administración de Bruselas, por la razón modernizadora de *réseaux* a todos niveles y por el impulso de múltiples movimientos solidarios, pero los instrumentos más eficaces los proveerán la sistematización de políticas legales, la interdependencia política de estados y el recurso a jurisprudencia común. No menos importante en la elaboración de esa identidad cultural política serán los procesos económicos y subvenciones comunitarios, los riesgos, peligros, complicaciones e incertidumbre compartidos y las empresas humanitarias, muy especialmente las incentivadas y dirigidas por los principios básicos de una Constitución europea. Proceso lento, muy lento pero que podría originar una ciudadanía constitucional e iniciar una civilidad sensible a la Comunidad y una moral cívica normatizada y en reciprocidad que fomente un cierto espíritu común. Se trata, en realidad, de un proceso de producción de sentido, de negociar innovadoramente, de buscar compromisos en adaptación mutua, de respetar ciertos rasgos culturales diferentes, de cohesionar ideas y valores reformulándolos, de continuar, en otras palabras, con el proceso milenario de la transformación de la identidad y de la cultura. Se trata, en segundo lugar, de un experimento en creatividad trascendiendo particularismos, de crear una ciudadanía dinámica con la lógica de la razón y de la pasión, de dar perfil comunitario a las diferencias culturales, de coexistir en fusión y fisión, en superposición y complementariedad simultáneas, de formular una matriz cultural política no algorítmica o fija que nos haga sentirnos confortables en las diversas mansiones de la casa europea. Se trata, en tercer lugar, de crear un espacio político-humanitario imparcial, más allá de las actuales fronteras, de modo que a través de negociación permanente y redefinición de vocabulario se puedan incorporar nuevos estados del área geográfica.

Pero hay algo más: la política como cultura y la cultura como política implican una incesante experimentación de nuevas ideas, imaginando principios fundamentales de valores generalizables provenientes del conocimiento y aprecio de diferentes culturas, considerando su dinamicidad interna como diversos paradigmas con y desde los que elegir. El Hombre es más, mucho más que economía y política, más que nación, estado y Europa; el Hombre tiene que elegir, tiene que estar siempre eligiendo el modo de vida que quiere vivir, decidir qué forma de vida vale la pena ser vivida, lo que equivale a preguntarse por su trascendencia, esto es, por su sentido y significado final y cómo lograr este *modus vivendi* que dé consistencia, realidad y norte a la vida en común en la Europa del futuro. Ésta, por último y en última aporía, ha de trascender sus fronteras y englobar a nivel moral al Otro, a todo Otro, comenzando por afirmar lo que tenemos en común, en un ámbito de solidaridad y justicia globales, incluyendo en este *dossier* la belleza en cual-

quiera de sus manifestaciones, la naturaleza y el cosmos. No veo la constitución de Europa sin la adopción de valores universalizables, sin normas internacionales y sin discursos globales y trascendentes. Estoy poetizando, desde luego, y bosquejando el milagro de Europa, esto es, una narrativa metacultural, metaidentitaria y meta-europea, pero esta transformación político-cultural-identitaria no es sólo una utopía, es algo que en grado menor ha estado sucediendo lentamente, pero siempre.